**El macabro negocio de matar**

Autor: [Héctor Zagal](http://www.istmoenlinea.com.mx/author/hectorzagalarreguin/index.html)   
Edición:[316](http://www.istmoenlinea.com.mx/ejemplar/ejemplar_316/index.html)  
Sección: [Las manías de Zagal](http://www.istmoenlinea.com.mx/seccion/las_manias_de_zagal/index.html)

*«Hay que defender de la muerte todo lo que es humano; hay que*

*defender al hombre de la muerte nuclear y de la muerte del hambre».*

Juan Pablo II, 22/09/1984

**EL ARTE DE LA GUERRA**

Los Estados Unidos invadieron México en 1846, un conflicto que le costó a nuestro país la mitad de su territorio. Pocos norteamericanos se opusieron a ella. Entre las valientes excepciones destacó Henry David Thoreau (1817-1862). El filósofo se negó a pagar impuestos como gesto de desaprobación a esta guerra de conquista. En represalia, fue encarcelado durante un breve lapso. El escritor Emerson visitó a su amigo en prisión. Horrorizado al contemplarlo tras las rejas, se lamentó: «Henry, ¿qué estás haciendo tú aquí adentro?» Thoreau le replicó: «Ralph, ¿qué estás haciendo tú ahí afuera?»

¿Y nosotros? ¿Qué estamos haciendo contra la guerra? Las *buenas conciencias* vivimos muy cómodos sin pensar en los horrores y estupidez del armamentismo.

¿Por qué afirmo que es una estupidez? Suelto algunos datos casi al azar. Según la OMS, cada año mueren 57 millones de personas por enfermedades curables o de fácil prevención.1 Como es previsible, los decesos se concentran en África subsahariana y el Sudeste asiático. Por ejemplo, el tétanos mató a 300 mil africanos en 2008. Ese mismo año murieron 431 europeos por el mismo mal.2 El contraste resulta escandaloso. En África no se aplica la vacuna. ¿Cómo explicarle a una madre que su niño podría haberse salvado con una acción tan simple? ¿No les parece monstruoso? Y qué decir de la malaria que aquel año cobró 756 mil muertos en África.3 Morir de paludismo indica unos niveles de miseria increíbles.

Podemos atribuir esa situación a la corrupción e ineptitud de los dirigentes de ese continente. Los más jóvenes no sabrán quién fue Bokassa I. Se los cuento, el coronel Jean-Bédel Bokassa se hizo del gobierno de la República Centroafricana durante uno de los tantos golpes de Estado que aquejan esas tierras. Tras aburrirse de gobernar como dictador, el militar se proclamó emperador en 1977. Nuestro personaje gastó en su coronación –una ceremonia cursi y ridícula– la espeluznante cantidad de 20 millones de dólares de aquellos tiempos.

Estos desmanes fueron posibles gracias a la complicidad de los socios occidentales. Se trata por tanto de una responsabilidad compartida. Los países «civilizados» criticaron la impudicia del efímero emperador. Claro que sus críticas no les impidieron cerrar negocitos con él. Por si no sabían, Centroáfrica es rica en uranio.

Las primeras víctimas de los malos gobiernos africanos son los menores de edad. ¿Podemos culpar a los niños que mueren de tétanos por vivir en países gobernados por egoístas y ladrones? Evidentemente no.

**NECEDAD DE LA GUERRA Y GASTO IRRESPONSABLE**

¡Menuda irresponsabilidad de Su Majestad Imperial! Derrochar el presupuesto de un país subdesarrollado en una coronación de opereta fue una inmoralidad. ¿Puede haber mayor necedad?

Lamentablemente sí, gastar el dinero en armas para matarse los unos a los otros. Tirar el dinero en nimiedades como pajecitos y capas de armiño es grave. Pero gastarlo en armas va más allá de la moral más elemental.

La compasión, el perdón, el diálogo, la solidaridad son las acciones típicamente humanas. La guerra, en cambio, pone la razón al servicio de la fuerza. El arte de la guerra sustituye los argumentos con balas y da el triunfo al fuerte, no al justo.

Los gobernantes irresponsables no aquejan únicamente al África. España, Irlanda, Portugal y Grecia nos han sorprendido gastando por encima de sus ingresos. Pero la medalla de oro del campeonato del gasto irresponsable se la lleva Estados Unidos. Según entiendo, desde la época de Bush Jr., el gobierno norteamericano se dedicó a gastar y gastar sin incrementar los ingresos. Acumuló un déficit inmenso. Ahora se pagan las consecuencias. Y como en tantas ocasiones, los pobres y la clase media cargarán con el muerto. Por supuesto, los mexicanos estamos entre los damnificados de la crisis norteamericana.

¿Y en qué tanto gasta el gobierno norteamericano? Su déficit se debe, en muy buena medida, al gasto militar. En 2007, Estados Unidos gastó 570 mil millones de dólares en ese rubro.4 ¿Cuántas vacunas contra el tétanos podrían comprarse tan sólo con un millón de dólares?

Lo peor es que el conservadurismo estadounidense lamenta que el presupuesto federal destine 10% del PIB a programas de seguridad social (Medicare, Medicaid y Seguro Social) y *únicamente* 5% al gasto militar.5 Consideran inadecuado el monto para una potencia encargada de defender la libertad y democracia en el mundo. (Por cierto, ¿por qué a los políticos norteamericanos no les preocupa la intolerancia religiosa y el absolutismo de Arabia Saudita?).

Sin embargo, esto de 5% es engañoso. Hay importantes partidas de claro sesgo militar, que no suelen contabilizarse: las pensiones de los veteranos, el presupuesto de la CIA, el gasto en seguridad interior y un largo y tupido etcétera. Algunos piensan que, en 2009 los gastos militares integrados superaron 80% de los gastos oficialmente reportados.6

Con estos números no pretendo un análisis científico, sino llamar la atención. Pongamos las cifras de esta manera. Una hora de vuelo de la Fuerza Aérea de EUA cuesta 23 mil 800 dólares.7 Coloquemos esta cantidad al lado de los 2 mil 500 millones de personas que sobreviven con menos de 2 dólares al día. ¿Les parece razonable?

**ARMAMENTISMO Y LEGÍTIMA DEFENSA**

La legítima defensa es un derecho de los países y de los individuos. Pero, insisto, no entiendo la violencia. Somos excesivamente tolerantes con la guerra y el terrorismo. Tal vez en otro tiempo la guerra se ceñía a normas éticas elementales, como el respeto a la población civil y a los heridos. Se podía hablar, posiblemente, de legítima defensa; los castillos construidos en Europa para defenderse de las incursiones vikingas pudieran, acaso, ejemplificarla. La pregunta es si los presupuestos militares cumplen esa función. El mundo cuenta con misiles nucleares de sobra para exterminar a la humanidad. ¿Para qué tantas bombas? ¿Para disuadir al enemigo potencial?

El mercado de armas se pliega a los mandados del consumismo. Si la demanda baja, se incentiva. Vender armas es un gran negocio. Los países gastan más allá de lo que resulta razonable para su legítima defensa. La iniquidad de algunos políticos llega al extremo de inventar guerras.

**BRUEGHEL «EL VIEJO»**

¿Cuánto hubiese progresado la medicina con los recursos dedicados al desarrollo de armas? Tal vez el cáncer y el SIDA estuviesen controlados. El absurdo no tiene límite.

Busquen en internet el óleo *El triunfo de la muerte* de Brueghel «el Viejo». El Prado exhibe el original, pintado hacia 1562. Ejércitos de esqueletos masacran a la humanidad; nadie escapa de la muerte, ni los enamorados, ni los ricos, ni los pobres, ni los sacerdotes, ni los sabios.

La muerte arrasa con todos. Sin embargo, existen diferentes maneras de morir. Toda muerte es dolorosa e incomprensible. Pero no es lo mismo morir de viejo, en una cama, acompañado de cariño, con medicinas y consuelos, que morir con la cabeza abierta por una bomba o el vientre destrozado por una bala.

«En la paz, los hijos entierran a los padres —escribió Heródoto—; en la guerra, los padres entierran a sus hijos». Como profesor, he asistido al funeral de adolescentes. El dolor de los padres es infinito. Nos rebelamos ante esas muertes inesperadas y, en cierto sentido, antinaturales. Pues la guerra multiplica ese absurdo *ad infinitum.*

¿Qué hacer? No lo sé. Sólo se me ocurren dos ideas. La primera, casi boba, manejar mi automóvil como persona civilizada y no como un guerrero. La segunda, escribir contra la guerra, porque el silencio de un escritor sería una complicidad con los señores de la guerra. ¿Y ustedes qué harán?

**Fe, ¿sólo en caso de emergencia?**

Autor: [Héctor Zagal](http://www.istmoenlinea.com.mx/author/hectorzagalarreguin/index.html)   
Edición:[315](http://www.istmoenlinea.com.mx/ejemplar/ejemplar_315/index.html)  
Sección: [Las manías de Zagal](http://www.istmoenlinea.com.mx/seccion/las_manias_de_zagal/index.html)

*«La religión se concibe como un lujo privado que cualquiera, si lo desea, puede concederse a sí mismo, pero que no debe llevar a la vida de otros ni practicar de manera que resulte incómoda o irritante a los demás».*

J. H. Newman, *Biglietto Speech*

¿Qué tan sustentadas están nuestras creencias? ¿En realidad vivimos nuestra fe, o la tenemos ahí, como un colchón arrumbado para las emergencias? Un amigo mío, médico, me contó que la capilla del hospital en el que trabaja nunca está vacía. La enfermedad, la muerte, la soledad, el dolor llevan a muchas personas a buscar a Dios. No niego que las situaciones críticas fortalezcan el sentimiento religioso. El problema es que muchas veces se queda ahí: en un sentimiento.

La fe es el eje sobre el que se mueve la vida. No me refiero exclusivamente a la fe religiosa. Tenemos fe hasta en los detalles más nimios. Cuando el guardia del estacionamiento nos dice que todavía podemos retroceder en nuestro auto, le creemos. Cuando una ficha en el zoológico nos dice que la bestia detrás de la reja es un ornitorrinco, le creemos. (De hecho, por cierto, cuando por primera vez se exhibió en Europa un ornitorrinco disecado, se acusó al pobre descubridor de que había pegado partes de animales distintos para urdir el embuste). La vida ordinaria es una esfera de la fe en la que nuestra creencia rara vez tiembla; no abundan los casos del ornitorrinco. Nuestro día a día se construye sobre la fe, el crédito, el testimonio. Y hacemos bien, pues no podríamos sobrevivir sin creer en los demás.

El cardenal John Henry Newman (1801-1890), beatificado en 2010, es uno de los autores clave en temas de fe. Fue un gran teólogo del siglo XIX, un escritor agudo, un intelectual en toda forma, una persona íntegra. Es, sin duda, una figura señera del pensamiento cristiano en el siglo XIX.

La *Gramática del asentimiento* de Newman es un tratado filosófico sobre la forma en la que se arraigan las creencias humanas. No soy experto en el tema, pero entiendo que Newman analizó el concepto de asentimiento.

**Asentimiento vital**

Newman, familiarizado con el liberalismo político, puso en alerta a los cristianos contra un cristianismo de fachada, contra el riesgo de hacer del cristianismo un mero conglomerado de proposiciones teológicas o de ritos externos. Limitar la fe a un ritual de domingos y de emergencias es, en pocas palabras, pervertir el evangelio, despojándolo de su impacto vital. El asentimiento religioso va más allá del simple decir *sí*, asentir no es, simplemente, suscribir una proposición teórica del tipo «París es la capital de Francia».

Newman insiste en que la fe en su uso coloquial se limita a un asentimiento superficial, un asentimiento nocional. Nuestra vida no cambia si no le creemos al profesor de geografía. ¿Qué cambiará en nuestra existencia si creemos que Barcelona es la capital de Francia? Conozco a muchas personas que así lo creen. Pero sí hay un abismo entre la fe en el libro de geografía y la fe en que nuestros padres son quienes nos engendraron. Esta segunda es una creencia *real*, una creencia en sentido fuerte. Nuestra vida cambia de rumbo completamente si abandonamos esta clase de asentimiento.

No siempre sabemos sobre qué se sostiene nuestra fe. Si a un cristiano se le  pregunta por qué cree en un Dios en vez de varios, sólo podrá dar cierto número de argumentos. Tampoco es tan fácil presentar evidencias. Newman explica que el uso científico de lo evidente no alcanza para la vida práctica. Si exigiéramos una demostración clara de todo lo que se nos dice, seguramente quedaríamos insatisfechos. Nunca sería suficiente.

¿Esto significa que la fe debe prescindir de la razón? No. Significa que la razón tiene un alcance limitado, pero no que esté disociada de las creencias. La razón se limita a las *nociones*. La fe, en cambio, atañe a las raíces más profundas. La fe en *sentido fuerte* va más allá del asentimiento teórico de nociones, porque con la fe se empeña la propia vida. De ahí que Newman considera que la práctica religiosa no se debe agotar en un cúmulo de anécdotas y costumbres.

El punto crucial de Newman es la denuncia de la disociación entre asentimiento y práctica, entre fe y vida. Una persona que quiere pronunciarse como creyente de cualquier religión, debe rechazar la pusilanimidad. Newman pensaba que el siglo XIX era una época de *creencias débiles*. El liberalismo condenaba la religión en el espacio público,  porque implica la censura a las creencias ajenas. Algunos liberales pensaban, por ello, que practicar en público la religión equivalía a ser intolerante con las creencias de los otros ciudadanos.

Sin embargo, para Newman la práctica de la fe no es una condena de las creencias ajenas, porque la fe es una práctica personal, que no es lo mismo que una *práctica arbitraria*. Es decir, lo más importante de la fe religiosa es asentir a ella con la propia vida. Newman es contundente. Si la fe no se sostiene vitalmente en todo momento y bajo cualquier circunstancia, es mejor abandonarla.

Insisto: la fe no se limita a la religión. Nuestros conocimientos «duros» se limitan a una porción mínima de lo que sabemos. La mayoría de lo que suponemos en nuestro manejo cotidiano se sustenta en la creencia. No se trata de una fe ciega e ingenua. Quizá muy pocos de nosotros podemos demostrar matemáticamente el teorema de Pitágoras, pero sabemos que, de hecho, existe una demostración. Tal vez la olvidamos, porque no necesitamos el teorema de Pitágoras en todo momento. Esto no significa que la demostración desaparezca.

Frecuentemente, las razones y argumentos para creer se desvanecen  en la memoria, no así las creencias. La fe religiosa marca todavía más este aspecto. Los motivos que sustentan la religiosidad quizá estén algo difusos en determinados momentos de la vida, pero ello no desvanece la creencia.

Para Newman la fe se sustenta en una sumatoria de hechos, no en una demostración. No podemos localizar un evento en particular que catalice la fe porque tal hecho no existe. La narración de nuestras vidas, sugiere Newman, puede leerse como la historia de la fe. Los eventos –irrelevantes o definitorios– y nuestras acciones nos configuran como lo que somos. La fe se sustenta de nuestros actos y experiencias. Esto significa que la fe no es un puro conocimiento, sino una práctica. Y la religión es la práctica más radical.

**Justicia ¿sólo para ricos?**

Autor: [Héctor Zagal](http://www.istmoenlinea.com.mx/author/hectorzagalarreguin/index.html)   
Edición:[313](http://www.istmoenlinea.com.mx/ejemplar/ejemplar_313/index.html)  
Sección: [Las manías de Zagal](http://www.istmoenlinea.com.mx/seccion/las_manias_de_zagal/index.html)

*«Abre tu boca, juzga con justicia, y defiende la causa del desvalido y pobre»*

Proverbio 19, 9

*«Donde no hay justicia, es peligroso tener razón…»*

Francisco de Quevedo

Hace unos meses, regresando de una cena navideña, dos patrullas del DF intentaron extorsionarme con un pretexto de lo más burdo. A las dos de la madrugada a uno lo pueden acusar de cualquier cosa: en mi caso yo era «sospechoso». ¿De qué? Nunca lo supe. Por fortuna, **istmo** me salvó. Tras una hora de estar detenido por aquellos patanes en una calle oscura, se me ocurrió mostrarles a mis captores –eso eran realmente– un ejemplar de la revista: «Soy escritor», declaré. Como por ensalmo me soltaron; eso sí, con la cortés recomendación: «Maneje con cuidado». Soy un privilegiado. ¿Qué hubiese sido de mí sin **istmo**?

En el diálogo *Gorgias*, Platón ataca duramente a un personaje –Calicles– que defiende la tesis: «Justo es lo que hace el más fuerte». Según Calicles, justicia y poderío son equivalentes. Me temo que la práctica del derecho en el mundo, y en especial en México, ha tomado este derrotero. La justicia es patrimonio de los poderosos. Los pobres, los menos instruidos y los no influyentes, están condenados de antemano. La justicia primigenia –la que no está contaminada por tecnicismos ni por deshonestidades– se ha alejado de las personas ordinarias. Sé que muchos se molestarán por esta afirmación. Lo siento.

La justicia más elemental –«dar a cada quien lo suyo»– se desvanece entre los laberintos de la burocracia occidental y los tecnicismos del «Derecho» (detesto escribirlo con mayúscula). No nos hagamos tontos. La justicia es un bien elitista, del que gozan muy pocos; como un Ferrari o el caviar del Caspio.

El derecho es una disciplina de expertos. Esto es algo malo, pues la justicia nos concierne a todos. Este es el *quid* de mi artículo. Mis amigos abogados se indignarán. Ya les invitaré unos whiskies, pero mi tesis es que el esoterismo jurídico aleja de la calle el ideal de justicia. ¿No les llama la atención, por ejemplo, el uso de arcaísmos como *fojas*? Eso es tan sólo un indicio del hermetismo al que me refiero.

**La *pólis* y *Presunto culpable***

Supongo que todos los lectores vieron ya *Presunto culpable*. El documental denuncia la incompetencia y brutalidad del sistema judicial mexicano. Pero hay otra denuncia más sutil: la justicia debe impartirse con base en argumentos sencillos y contundentes –que cualquier persona pueda comprender– o con base en pruebas científicas al modo de los *CSI* de la televisión. Lo inválido es la creación de un lenguaje artificial, que ni tiene la exactitud de las ciencias duras, ni goza de la transparencia del lenguaje coloquial.

Los griegos lo tenían muy claro. Participar en la impartición de justicia era, para ellos, un rasgo esencial del ciudadano. Los jurados populares son un invento ateniense. Esto exige que las leyes deban pensarse de tal manera que el mayor número posible de personas pueda utilizarlas.

Salgo al paso de una objeción: «La medicina tampoco es para los legos». La afirmación revela una confusión. La medicina es una ciencia que atañe a los particulares; la práctica jurídica, en cambio, es asunto público: es política. No hay república cuando la práctica legal es el monopolio de un gremio. El personaje central de *Presunto culpable,* Antonio Zúñiga, contempla como un espectador externo lo que el sistema legal hace con su vida. Nada más contrario al espíritu democrático. Aplicar e interpretar la ley es un quehacer público.

**Sin discusión pública no hay república**

*Presunto culpable* me provocó algunas inquietudes que se entrelazan con el *Gorgias* y con la concepción republicana del derecho.

¿Qué hubiese sido de Toño si el abogado Heredia –el segundo defensor; el que entra al quite– hubiese cobrado los honorarios acostumbrados? Aquí salta otra liebre. Cada vez dudo más del «libre mercado». Ciertos bienes no deben comercializarse: no son mercancías. La justicia y la salud son los ejemplos por excelencia. Por ende, cualquier sistema que privilegia a los ricos en cualquiera de estos ámbitos es un sistema inmoral. ¿La solución? Para la salud, la receta es clara: fortalecer la seguridad social. (Debemos mirar, por ello, hacia Canadá y los países escandinavos, no hacia Estados Unidos).

Respecto al tema de la justicia, confieso que no sé cuál es el camino correcto. En cualquier caso, cuando en la práctica un sistema judicial privilegia a quien puede pagar más, estamos ante un gravísimo problema de injusticia social y, de paso, se desmantela a la vida republicana. Inocencia y culpabilidad deben desvincularse de la posición económica. Con un buen abogado, Jean Valjean –encarcelado por robar un pedazo de pan– hubiese dejado a Víctor Hugo sin trama para *Los miserables.* ¿No?

Otra inquietud. La historia de *Presunto culpable* da un vuelco con la presencia de las cámaras. Cuando se comienza a grabar la historia, la causa se transparenta. Se abre la posibilidad de exponer frente a la opinión pública los rostros de los involucrados. La justicia republicana debe ser transparente. Incluso en un nivel físico: los espacios deben abrirse y someterse al escrutinio público. El Estado, la burocracia y, en general, cualquier institución vertical, tienden espontáneamente a blindarse contra la crítica y a sentirse más cómodos en la opacidad. La transparencia republicana es uno de los pocos recursos para mitigar esta autocomplacencia de la autoridad.

Ahora bien, no basta con poner a los jueces en una vitrina. Deben, además, hablar un lenguaje dirigido a los ciudadanos. A veces pensamos que el lenguaje republicano consiste en utilizar el título de «ciudadano» a diestra y siniestra. No: el lenguaje republicano procura que el gobierno de la comunidad sea un asunto verdaderamente público. Concedo que necesitamos algunos tecnicismos. Sin embargo, deben ser instrumentos, herramientas; por no decir «males necesarios». Si no hay discusión pública no hay república. Ésta es la diferencia entre la medicina y la política. La medicina es objeto de investigación científica; la política, de deliberación. Por ello, es un contrasentido blindar con un lenguaje hermético la deliberación que debería ser pública.

**Medicina, derecho y justicia**

Los mejores médicos se precian de sanar al enfermo por medio de pocos análisis y consultas. Resuelven el problema y, luego, se desvanecen. Curan. En ello se basa su reputación. Los malos médicos no curan; los peores, generan más males con sus medicinas. Los médicos pésimos fabrican problemas para ganar más dinero. El éxito del médico consiste en que no lo necesitemos. ¿En qué consiste el de los abogados y jueces?

Ojalá quienes saben de leyes –jueces, legisladores, litigantes, académicos– examinen críticamente el quehacer jurídico. El refinamiento y sofisticación de las ciencias produce mejores condiciones de vida. Yo no tengo nada en contra de aquellos tecnicismos útiles. Cuestión de visitar un hospital de primer nivel.

Lanzo una conjetura provocativa. Sospecho que el tecnicismo jurídico tiene más de argot e instrumento de poder, que de ciencia o deliberación política. Las complejas fórmulas y cálculos de los ingenieros y biólogos resuelven problemas. Sus aportaciones legitiman la complejidad de su discurso especializado. El *homo sapiens* vive, en un país desarrollado, alrededor de 76 años: el doble del promedio en la Roma Imperial. El avance es innegable. Se lo debemos, sobre todo, a la ciencia dura.

¿Vivimos hoy en una sociedad donde la justicia se imparte mejor? ¿Va el quehacer jurídico por el camino de hacer justicia para la gente de a pie? No lo sé. ¿Ustedes qué piensan? En una república, el poder de interpretar las leyes no debe convertirse en una mercancía; esto equivale a convertir a la justicia en un artículo de lujo. ¿Qué hacemos si, siendo inocentes, carecemos de recursos para pagar un buen abogado?

Espero no haber escrito demasiadas insensateces sobre el Derecho. Si lo hice, ofrezco mis disculpas; sería una prueba más de que el orden legal se aleja de la gente común y corriente.

**Los temibles 50. Jugando en los tiempos extra**

Autor: [Héctor Zagal](http://www.istmoenlinea.com.mx/author/hectorzagalarreguin/index.html)   
Edición:[310](http://www.istmoenlinea.com.mx/ejemplar/ejemplar_310/index.html)  
Sección: [Las manías de Zagal](http://www.istmoenlinea.com.mx/seccion/las_manias_de_zagal/index.html)

Antiguamente, el *homo sapiens* vivía en promedio 40 años. No fue sino hasta la generalización de las vacunas y los antibióticos cuando las esperanzas de vida se alargaron. Hoy por hoy, en los países desarrollados, fácilmente se llega a los 75. Sin embargo, ahora que rondo los temibles 50, caigo en la cuenta de que, desde el punto de vista biológico, estoy jugando en los tiempos extras del partido. Hace tiempo que dejé de ser un «adulto contemporáneo» para convertirme en un «hombre maduro».

La muerte se acerca con paso firme, contundente, decidido. Ya no es una posibilidad etérea, sino una realidad con la que convivo cotidianamente. Mis maestros van cayendo poco a poco. Cuando reviso el obituario del periódico, me topo siempre con el nombre de algún conocido.

El escenario me aterra. La seguridad social es un desastre. Para los empleados, la jubilación significa un empobrecimiento, precisamente en el momento en que más dinero necesitan.

Durante la vejez, los gastos médicos representan 40% de los ingresos.1 Para la mayoría de los mexicanos, el retiro significa una tragedia, un descenso en el nivel de vida, porque nuestro perverso sistema de seguridad social es incapaz de mantener nuestro nivel de vida.

La sociedad, además, castiga a los viejos. El transporte público los hostiliza, el tráfico los atropella. Las aceras se diseñan para jóvenes saludables. Los semáforos obligan al peatón a correr.

El mercado laboral, lacerante e inmoral, nos discrimina. Las oportunidades laborales de un «cincuentón» son lastimeras. Algunos supermercados admiten a personas mayores como empacadores: no tienen sueldo, sólo propinas. Lo justo sería que quien trabajó durante toda su vida, no tuviese que empacar despensas cuando llega a viejo.

**EL *GADGET* COMO ESTILO DE VIDA**

Los constantes cambios tecnológicos neutralizaron el valor de la experiencia acumulada. El mundo laboral lucha constantemente contra la obsolescencia. El *software* se actualiza varias veces al día. El conocimiento y la tecnología caducan en semanas. Los *gadgets* nacen obsoletos.

Hace unos días, mi sobrina comentó algo sobre Facebook, su primo, Enrique, de catorce años, replicó:

–¡Huy!, el Facebook es de viejitos.

–Pero mis alumnos de universidad lo utilizan –objeté yo.

Enrique me miró con conmiseración, y se dirigió a mi sobrina:

–¿Ves lo que digo?

El Twitter representa el tiempo nuevo: el instante. Importa el presente. Lo demás, el blog, el Facebook, el libro impreso, la historia, la memoria, la retrospectiva, llegan demasiado tarde.

**SIN ESPACIO PARA EL PASADO**

¿Qué aportamos los viejos a un mundo así? Poco, muy poco. La madurez, la prudencia, se construía sobre cuatro cualidades: la circunspección, la previsión, la petición de consejo, la memoria. Madurez equivalía a detenerse un momento a la mitad de la carrera para examinar nuestras circunstancias. Madurez equivalía a prever consecuencias. Madurez equivalía a solicitar ayuda de los más experimentados. Madurez equivalía a saber historia. La madurez, así entendida, se fue por el caño.

Velocidad, creatividad, audacia, cambio, innovación y vigor. El conservadurismo carece de carta de ciudadanía. Y todo anciano es, por definición, un conservador; su riqueza es, precisamente, la experiencia atesorada.

Como ya he señalado en artículos anteriores, la paradoja es que caminamos rumbo a un mundo de viejos. La pirámide demográfica se invierte. Y los ancianos, al parecer, estarán de más. El fantasma de la eutanasia y del suicido rondan los corazones.

¿Razones para temer la vejez? Pobreza, enfermedad, torpeza física, y sobre todo, soledad. Los viejos son –somos– los parias de la sociedad, los damnificados de 1968.

Como sucedió con otras revoluciones, la Revolución de 1968 devoró a sus iniciadores. Quienes tenían 18 años en 1970, están a un tris de los 60. Para 2015 deberán jubilarse, recluirse, resignarse a desaparecer del mundo público que ellos hicieron inhabitable para los viejos.

¿Qué podemos hacer? «Propón algo, me comentó mi querida editora cuando leyó la primera versión de este manuscrito».

Antes que nada, los gobiernos deben apuntalar el sistema de pensiones. La primera política pública para proteger a los ancianos es garantizar el derecho a una pensión digna. Si los ancianos carecen de ingresos –me choca el eufemismo «adultos mayores»– serán considerados un estorbo por los más jóvenes. Y hoy por hoy, al menos en el caso de México, no veo que las pensiones sean una prioridad de nuestros gobernantes.

Segundo, los empresarios, los ejecutivos, los jefes de recursos humanos tienen una enorme responsabilidad: revalorizar las virtudes de la vejez. El mercado laboral no debe privilegiar la juventud. Las empresas deben contratar personas maduras y mayores; si no lo hacen, están siendo cómplices de la catástrofe.

Si el Estado y la empresa no asumen sus responsabilidades, la sociedad se estará suicidando. Nadie querrá envejecer. En 2050, México tendrá 166 viejos por cada 100 niños.2 ¿Cómo tratarán los niños a los ancianos?

Pero al final, se impone una realidad: la vejez es antesala de la muerte. La condición humana es efímera. Contra la muerte sólo hay tres posibilidades: la resignación estoica, la esperanza religiosa, o el antidepresivo potente. Nótese el peso específico de la palabra *esperanza*. A la hora de la muerte, la esperanza no es poca cosa.

Hay, además, un paliativo para la vejez: el cariño de amigos y familiares. Una de las novelas que más me ha impresionado es *El extranjero* de Alberto Camus. Sus primeras líneas son demoledoras. Meur-  
sault, se entera de la muerte de su madre. ¿Su reacción? El personaje escribe en primera persona:

«Hoy ha muerto mamá. O quizá ayer. No lo sé. Recibí un telegrama del asilo, ‘Falleció su madre. Entierro mañana. Sentidas condolencias’. Pero no quiere decir nada. Quizá haya sido ayer».

¡Qué diferencia del modo como mueren los patriarcas del Génesis! La madre de Meursault muere sola; los patriarcas, en cambio, rodeados de sus hijos y nietos. La vejez siempre será indeseable, pero hay distintas formas de morir. En la Escritura, los patriarcas abandonan este mundo colmados de cariño. El amor de los otros suaviza el trance de la muerte. Por ello, quien ama y es amado atesora recursos para ese momento.

**La fascinación del azar**

Autor: [Héctor Zagal](http://www.istmoenlinea.com.mx/author/hectorzagalarreguin/index.html)   
Edición:[308](http://www.istmoenlinea.com.mx/ejemplar/ejemplar_308/index.html)  
Sección: [Las manías de Zagal](http://www.istmoenlinea.com.mx/seccion/las_manias_de_zagal/index.html)

*El miedo es la pasión más profunda;*

*es con el miedo con lo que usted*

*debe jugar si desea saborear las alegrías*

*más intensas de la vida.*

Stevenson*, El club de los suicidas.*

¿Sabían que Marge Simpson es adicta al juego? Una buena madre se transforma frente a las maquinitas tragamonedas, simplemente pierde la razón. Recordé ese episodio de *Los Simpson* cuando me enteré de que una amiga está a punto de perder marido, hijos, casa, salud y empleo por su adicción al bingo. Hasta ahora, no me había percatado de la cantidad de casinos que pueblan nuestras ciudades. Ignoro los entresijos jurídicos que permitieron que florecieran en México. Como tantas cosas en este país, simplemente *sucedió*.

Al margen de cualquier prurito victoriano, los juegos de azar afectan nuestra vida moral. Por ejemplo, la Marquesa Calderón de la Barca señalaba, a mediados del siglo XIX, los desmanes que ocasionaba la feria de San Agustín de las Cuevas. Hacia finales de agosto, la sociedad acudía a jugar en aquel pueblo, hoy llamado Tlalpan, distante aún de la ciudad de México. Los ricos, que veraneaban en San Ángel, perdían cantidades enormes. Los pobres, por su parte, dormían donde podían y gastaban el dinero del que carecían.

Los juegos de azar son fascinantes, el peligro ronda. Es el vértigo de la ruleta que retrata Dostoievski en *El jugador*. Su embrujo, tan adictivo como el alcohol, no es fácil de explicar. ¿Por qué demonios nos gusta apostar?

**LA RUEDA DE LA FORTUNA**

Jugar es aceptar nuestros límites. En la ruleta reconocemos que la vida escapa de nuestro control. Nuestra actitud ante el azar es ambivalente. Lo odiamos cuando nos lastima; lo admiramos cuando nos consiente. Nos atrae su incertidumbre, anhelamos dominarlo y esclarecer sus secretos.

A veces el azar parece manifestar la irracionalidad del mundo; otras, insinúa la presencia divina. Los cristianos miraron con temor el juego para no «poner a prueba» a Dios. Los paganos intentaron sobornar a sus divinidades con sacrificios y ruegos. Los ilustrados aprendieron cálculo para domesticar la veleta del azar.

**BARAJA CONTRA AJEDREZ**

Si bien el azar afrenta al entendimiento humano, también lo consuela. El peso de la propia responsabilidad agobia. Es la idea del cuento *El club de los suicidas*, de Stevenson. El grupo reúne a quienes ya no quieren vivir, pero carecen de arrestos para suicidarse. El club es una argucia: por las noches se juega a la carta. Quien saca el as d    e espadas morirá «accidentalmente» a manos de quien sacó el as de bastos.

Los juegos de azar son la antípoda del ajedrez. En el tablero triunfa el diestro y pierde el torpe. El juego agobia pues sólo impera la razón calculadora. Puede romper el precario equilibrio humano.

Si en *El jugador* triunfa la sinrazón, la saturación de ajedrez enloquece de tanto pensar. Es el drama de *La novela de ajedrez,* de Zweig. Chesterton advirtió recurrentemente que el exceso de razón nos puede volver locos: *La esfera y la cruz*.

Los jugadores de Dostoievski y Zweig pierden el equilibrio: queda el exceso, la destemplanza. Ironiza Jardiel Poncela: «Cuando un hombre ha apuntado demasiadas horas a la ruleta, acaba apuntándose al corazón». Cierto, pero quien ha apuntado demasiadas responsabilidades en el alma, acaba apuntándose con el psiquiatra.

¿Qué es más peligroso, la obsesión de la racionalidad o el sutil ímpetu de la suerte? No lo sé. Me temo que el ajedrecista de tiempo completo acaba loco o, por reacción pendular, jugando frenéticamente a la ruleta. Nuevamente Dostoievski pinta a un personaje así en *La estrategia de Luzhin*, un consumado ajedrecista.

**La clase media da la cara**

Autor: [Héctor Zagal](http://www.istmoenlinea.com.mx/author/hectorzagalarreguin/index.html)   
Edición:[305](http://www.istmoenlinea.com.mx/ejemplar/ejemplar_305/index.html)  
Sección: [Las manías de Zagal](http://www.istmoenlinea.com.mx/seccion/las_manias_de_zagal/index.html)

*«La comunidad política tiene por causa la práctica*

*de las bellas acciones, y no simplemente la convivencia;*

*y de aquí que quienes contribuyen más a una comunidad*

*de esta especie deben recibir más de la ciudad…»*

Aristóteles, *Política* III, 5

**La cólera de Héctor**

Estoy hasta las narices de pagar impuestos. La seguridad social carece de las medicinas que necesito. Mi familia requiere de atención médica; las citas se conceden a cuentagotas, según el aletargado ritmo de la burocracia. Hace tres años, mi tío Sergio murió, a fin de cuentas, por falta de recursos en el hospital público donde infortunadamente fue a dar.

Los baches siembran las calles del DF. Los microbuses conducen como les pega la gana, verdaderos micro-obuses, frente a la abulia de la policía cómplice. El narcotráfico tan campante: cualquiera de mis estudiantes podría nombrar varios lugares donde se venden drogas.

¿Violencia? Un recuento de mis conocidos asesinados en los últimos años: Gabriel, colega de la Panamericana y Jorge, profesor del ICAMI, que se resistieron a entregar su automóvil, recibieron un balazo en la cabeza; Alfonso, el padre de un buen amigo, fue asesinado en la puerta de su casa, y Yolanda, con quien colaboré para la edición de un libro sobre adicciones, murió secuestrada durante su fallido rescate. Hace unos meses robaron mi casa; se llevaron mi agenda electrónica, mi computadora y el daguerrotipo de mi tía bisabuela. Ingenuamente intenté denunciar; el ministerio público era una sucursal del infierno de Dante.

Salgo de la ciudad. Donde antes había bosques, ahora sólo hay montes pelones. Mi abuelo materno, militar, se jugó la vida defendiendo los bosques de este país. Su esfuerzo resultó vano. Durante el verano entrevisté a media docena de campesinos, nacidos a principios de siglo, y me hablaron de manantiales de agua, venados y armadillos donde hoy no hay sino ratas, huizaches y envases de plástico.

Sí: estoy hasta las narices de pagar impuestos, porque ciertas obras públicas hicieron inhabitable mi departamento. No debería extrañarme. Durante su juventud, mi padre perdió un terrenito por el rumbo de Santa Úrsula –literalmente un lote de pocos metros– porque lo invadieron unos delincuentes comandados por un politiquillo. A otro familiar le expropiaron su casita, por allá por el rumbo de Cuautitlán, para construir un parque industrial. Por supuesto, con el dinero que le dieron no le alcanzó ni para el enganche de su nueva vivienda. Lástima que los vecinos de la región no tuviesen machetes para cerrar la autopista México-Querétaro. Así somos los de la clase media, desconoce más el arte de bloquear carreteras.

No. No me estoy quejando del gobierno municipal, estatal o federal. No me quejo de un partido específico, ni de un personaje en concreto. Me estoy quejando de *todo* el gobierno, pues como decía mi abuela: «tan lindo es Jesús como es María», no hay a quién irle.

**LA CLASE MEDIA: COMODÍN SOCIAL**

No soy rico como para poder pagar un fiscalista que me defienda de la Secretaría de Hacienda. Con dificultad logro pagarle al contador que lleva mis modestas cuentas y evitar la cárcel por evasión fiscal. Estoy seguro de que si pudiese contratar a uno de esos despachos copetudos de expertos fiscales podría mitigar los impuestos. En términos prácticos, dedico un día y medio de mi salario semanal para pagarlos. ¿Cuánto pagaban los campesinos egipcios para sufragar la construcción de las pirámides de sus faraones?

Para bien y para mal, soy clasemediero. No tengo la suficiente caradura como para robar la energía eléctrica y evadir el molesto recibo de la luz. El otro día salí a Puebla: sorprende la cantidad de casas que cínicamente se cuelgan de la red eléctrica, los mentados *diablitos*. A juzgar por el tamaño y los materiales, muchas de esas familias no eran miserables.

Somos un país de muchos pobres, *muy* pobres, y de pocos ricos, pero *muy* ricos. En ese escenario, la clase media no pinta ni cualitativa ni cuantitativamente. Nuestro voto no es redituable en política. ¿A quién le importa nuestro voto cuando las elecciones se definen por la sumatoria de los millones de desposeídos y de las decenas de poderosos? Y claro, como no contamos, se nos puede castigar con más impuestos.

**LA CLASE MEDIA, MEDIO INCÓMODA**

El republicanismo –que nada tiene que ver con el partido republicano de EU– es el punto medio entre la demagogia y la oligarquía. La esencia del republicanismo es una abundante clase media, es decir, un segmento sobrio, trabajador, emprendedor, que está ahí no porque heredó su fortuna, sino porque se levanta diariamente a tiempo para llegar a la oficina, que se esfuerza por ahorrar, por formar un patrimonio. Mi abuelo paterno fue minero (murió de silicosis) y mi abuela sacó adelante a sus hijos lavando ropa ajena. Mi padre estudió en el Politécnico, contó con una modesta beca, consiguió empleo y salió adelante. Aquí estoy yo: fruto del empeño de dos generaciones.

La clase media es un perpetuo estadio de aspiración. Somos una clase incómoda para los políticos profesionales: no se nos puede comprar con atole y tamales, y, por otra parte, somos tan exigentes como la clase alta.

En su origen, las democracias griegas reservaban la ciudadanía para quienes a) pagaban impuestos, b) participaban en los cargos públicos sin remuneración y c) cumplían el servicio militar. Sólo quien contribuye a sustentar la ciudad merecía considerarse ciudadano. Evidentemente no defiendo este concepto restrictivo de la ciudadanía; sin embargo, me parece que hay un deje de razón en tal posición. La esencia de la república es, precisamente, el carácter público del gobierno. Democracia es el gobierno *del* pueblo y *para* el pueblo, pero también significa, y esto es importante, que es *por* el pueblo. Es un camino de ida y vuelta: la condición ciudadana es un derecho y una obligación.

Cuando trabajé para la asistencia social pública, escuché de boca de un perito en discapacidad una fórmula que me pareció particularmente afortunada: «Únicamente podemos decir que una persona discapacitada está integrada plenamente a la sociedad cuando ella puede pagar todos sus impuestos, sin ningún tipo de concesiones, es decir, cuando la estructura social es tal que le permite ganarse la vida como cualquier otro, sin subsidios ni exenciones».

*Mutatis mutandi*, la plenitud de la ciudadanía se da cuando asumimos la carga equitativa que nos corresponde de lo público. Aquí la palabra mágica es *equidad*. La verdadera justicia es distribución proporcional. El que gana más, paga más. Pero también, por equidad, quien contribuye cabalmente al mantenimiento del Estado tiene derecho *cabal* a todo aquello por lo que está pagando: seguridad social, paz, medio ambiente limpio, educación y un largo y tupido etcétera.

**CLASE MEDIA, CIUDADANOS A MEDIAS**

A todas luces, la clase media lleva a cuestas un fardo desproporcionado. Somos nosotros quienes, teniendo el derecho a educación pública, relevamos al Estado mexicano de su obligación, pues preferimos pagarla de nuestro bolsillo dada la baja calidad de la que él nos proporciona. Y lo mismo sucede con la medicina y, el colmo, con la seguridad física. *Cuando colocamos rejas en nuestras casas, estamos supliendo con nuestro dinero la seguridad que el Estado debería garantizarnos*.

Republicanismo es transporte público cómodo, parques para los niños, pensiones dignas para el retiro, hospitales eficientes y hospitalarios, bibliotecas y museos, aire limpio. Estoy seguro de que la clase media mexicana cumple con su parte. Mi duda es si los demás hacen la suya. El problema es que los clasemedieros tenemos mucho quehacer; no podemos asistir a manifestaciones en horas de trabajo y, mucho menos, dedicarnos a cabildear en las penumbras de los palacios de gobierno. Estamos en las manos de los políticos profesionales quienes no están excesivamente preocupados por la clase media; eso sí, nosotros cubrimos el sueldo que quincenalmente, con puntualidad matemática, reciben para su regocijo.

Estoy hasta las narices de pagar impuestos. Desde que tengo uso de razón, México cae una y otra vez en crisis. ¿Y quién saca al país del atolladero? ¿Quién paga los platos rotos? ¿Quién recoge el tiradero y paga la cuenta de las fiestas de ricos y pobres? Nosotros, la heroica clase media.